

ESTRUCTURA ONTOLÓGICA Y TEMPORALIDAD EN LA ENFERMEDAD MORTAL. LECTURAS DEL FENÓMENO DE LA DESESPERACIÓN Y EL TIEMPO EN KIERKEGAARD

Miguel Alejandro Herszenbaun / Universidad de Buenos Aires

*“...lo divino, lo terrible, lo incomprensible, es
saberse inmortal”¹*

I. Introducción. La explicitación del problema

El interés que nos conduce a interpretar la “Primera Parte” de la *Enfermedad Mortal* es una aparente tensión en la descripción kierkegaardiana del existente humano, caracterizado por la desesperación. El problema fundamental que motiva esta investigación se encuentra íntimamente ligado con las formulaciones kierkegaardianas de la desesperación: “que uno desesperadamente quiera ser sí mismo” o “que uno desesperadamente no quiera ser sí mismo” (Kierkegaard, 1998: 46). La pregunta es cómo darle sentido a semejantes afirmaciones, cómo comprender qué quieren decir estas afirmaciones. Sobre todo, si tenemos en cuenta que el yo es presentado como una síntesis, una relación consigo misma. Así, el problema de comprender qué es la desesperación exigirá comprender qué es este existente humano que posee el privilegio de la posibilidad de desesperar. Y entender cómo es posible que este yo, esta síntesis, pueda querer ser sí mismo o no querer ser sí mismo, y que este “querer” tenga algún sentido. Entonces, estaremos debatiendo cómo es posible que un ser autodeterminante como un yo pueda discordar “desesperadamente” con su propio ser. O cómo es posible que un ser no pueda concordar con su propio ser. El desafío es encontrar sentido a estas afirmaciones, explicando cómo puede ser que un yo, que es una síntesis, una relación consigo mismo y que se encuentra a cargo de su ser, pueda no ser lo que es y a la vez estar obligado a ser lo que es. Adelantamos que la comprensión de esta caracterización del existente humano tendrá que ver con dos aspectos del hombre: su vida mundana y su vida eterna. Y para comprender qué son estos aspectos del hombre tendremos que caracterizar la estructura ontológica que opera como el fundamento que posibilita la desesperación. Finalmente, caracterizaremos estas

¹Borges, J. L. (2007). *Obras Completas* (4 tomos). “El inmortal”. Buenos Aires: Ed. Emecé, pp. 650.

estructuras ontológicas de acuerdo con el tiempo, pues es precisamente la discrepancia entre las notas temporales de estas estructuras la que conduce a la discordancia descripta.

II. Primera caracterización del existente humano kierkegaardiano de acuerdo con el fenómeno de la desesperación

Kierkegaard comienza con una caracterización del existente humano, y rápidamente pasa a señalar ciertas notas de la desesperación como un elemento fundamental para lograr comprender qué es este hombre. El ser humano es capaz de desesperar y “la desesperación es una discordancia en una síntesis cuya relación se relaciona consigo mismo. [...] [E]n la síntesis radica la posibilidad de la discordancia” (Kierkegaard, 1998: 40). Consecuentemente, el ser humano será una síntesis, una relación consigo misma, que tiene a su cargo la responsabilidad de su propio ser. Porque el hombre es una síntesis, una relación consigo mismo, es que el hombre podrá desesperar (sufrir esta discordancia que aun no hemos esclarecido). Pero Kierkegaard agrega otro factor a tener en cuenta: “[...] la desesperación es una categoría propia del espíritu, y en cuanto tal relativa a lo eterno en el hombre” (Kierkegaard, 1998: 41).

Sabemos que la desesperación es una discordancia que procede de la relación con sí mismo que el hombre es (yo o autorrelación de la que el hombre no puede deshacerse) (Kierkegaard, 1998: 42), y que tiene que ver con lo eterno en el hombre. ¿Cómo es posible hablar de desesperación y discrepancia en el yo, si el yo es una autorrelación? Esto es, ¿cómo puede haber una discrepancia adentro del yo o vinculada con el yo, si el yo es una relación con sí mismo?

Kierkegaard caracteriza a la desesperación como la *enfermedad mortal* que da título al libro. La enfermedad mortal en cuestión es la enfermedad de no poder morir, de no poder dejar de ser, de no poder dejar de ser un yo. Kierkegaard nos señala que la esperanza está puesta en vivir o en morir (frente a un mal terrible); pero frente al peor de los males, la desesperación se presenta ante el no poder morir, no poder dejar de ser. Aquí podríamos interpretar el texto de dos maneras: la desesperación se produce por no poder dejar de ser un yo (efectivamente esto es cierto: pero es menester algo más); la desesperación se produce por no poder dejar de ser eterno. Creo que debemos entender el problema de la desesperación tomando ambos elementos: la desesperación implica el *ser un yo* y el *serlo eternamente*.

Asimismo, estos elementos permitirán comprender las formulaciones de la desesperación arriba presentadas y las notas características del ser humano.

Kierkegaard ofrece dos ejemplos de desesperación que permiten comprender el fenómeno. El “pretendido César” y la “Pretendida Novia”. En ambos casos, el ser humano estaba a cargo de su ser, pretendía que su yo sea de cierta determinada manera. Estos personajes no desesperan simplemente por un fracaso político o amoroso. Desesperan por el yo que ahora son y por el yo que no han podido ser. Esto quiere decir que ser una relación con sí mismo es efectivamente estar a cargo del ser de uno mismo. Esta nota del existente humano he optado por catalogarla como característica “reflexiva” o “dinámica” de la estructura ontológica del ser humano.

Esta nota reflexiva no designa un carácter puramente gnoseológico. No es un mero saber y/o querer ser de tal o cual manera. Imaginemos una piedra que acaso pudiera conocerse a sí misma, y que incluso pudiera querer ser de otra manera. Aun en este caso fantástico, no estaríamos necesariamente ante una síntesis como la descrita por Kierkegaard. La nota peculiar no es únicamente poder conocer mi ser, sino primordialmente poder determinar mi ser. Anticipamos que más adelante aclararemos que este determinar mi ser se encuentra íntimamente ligado a la noción de posibilidad y a cierta caracterización tempórea de la estructura del existente humano.

Esta caracterización del existente humano echa cierta luz sobre las formulaciones de la desesperación. El ser humano puede pretender o no ser “X”, precisamente porque es una relación con sí mismo, y se encuentra a cargo de su ser. Puede pretender que su ser sea una novia o un César, esto es, determinar a su ser como César o como novia. Esto aclara qué significa que uno “quiera ser” o “no quiera ser” en las ya citadas formulaciones de la desesperación. Pero esto no explica la mitad restante de la afirmación: ¿a qué se refiere Kierkegaard con (no) querer ser *sí mismo*?

Hasta aquí, hemos tratado con uno sólo de los elementos que hacen posible la desesperación: el carácter reflexivo de la estructura ontológica del existente humano. Evidentemente, es necesario un elemento más para que podamos hallar la discrepancia que Kierkegaard describe. Si el hombre fuera sólo una relación con sí mismo, o bien sería lo que es (y no habría desesperación), o bien, tal vez, el hombre no sería lo que es, pero eventualmente podría dejar de ser (perecer) y encontraría fin a tal discrepancia (y no habría desesperación).

Recuérdese que la desesperación se caracteriza como un padecimiento infinito (carácter que se comprenderá más adelante).

Consecuentemente, el mero carácter reflexivo o dinámico del ser humano no alcanza para hacer comprensible a la desesperación. Debe hallarse otro elemento. Y este elemento debe encontrarse íntimamente ligado con el ser del existente humano, pero no puede depender sólo de su autodeterminación. Este elemento es su *ser un yo eterno*, dado por Dios. Si acaso el yo del hombre no tuviera un elemento estático, imperturbable o eterno, no podría darse la enfermedad eterna de la desesperación, pues, o bien tal enfermedad tendría fin (en una anulación del yo en la muerte –la cual no es otra cosa que una identificación del ser del yo con sí mismo: la anulación de toda posible discrepancia en el ser del hombre–), o bien la autodeterminación sería absoluta, de forma tal que estaría imposibilitada la discrepancia que provoca tal desesperación. Tal discrepancia es posible sólo si el ser del hombre no se limita a ser una síntesis autodeterminante.

Es necesario, entonces, considerar el carácter eterno e inmortal del espíritu humano, carácter impuesto por Dios. El hombre como relación con sí mismo es una relación eterna e inmortal. Como vemos, la caracterización del hombre, de su enfermedad y del problema que nos interesa se va complejizando. La desesperación caracterizada como un (no) querer desesperadamente ser sí mismo comienza a tener sentido en la medida en que encontramos dos modos de ser del hombre cuya compatibilidad aun no ha sido probada. Con lo cual, creemos que la clave de bóveda para interpretar las formulaciones de la desesperación es poder comprender cuáles son los elementos que se encuentran en discrepancia y en que se sustenta tal discrepancia.

La discrepancia en cuestión no será entre el yo que se autodetermina y su autodeterminación. La discrepancia será entre el yo que se autodetermina y el carácter inmortal e imperturbable del yo: su ser un yo eterno. En primer lugar, veremos que el “pretendido César” del ejemplo no podrá dejar de ser un yo eterno; pero más adelante veremos que tampoco podrá dejar de ser el yo que se ha determinado a ser en su vida mundana. La discrepancia que funda la desesperación se comprenderá como una incongruencia en términos ontológico-tempóreos que pasamos a explicar con más detenimiento.

III. Análisis de la estructura ontológico-tempórea del existente humano

En la sección anterior hemos descubierto que el existente humano sólo puede desesperar si es, por un lado, una síntesis caracterizada como un modo de ser dinámico o reflexivo que tiene a su cargo su ser; y si, por el otro lado, posee algún otro carácter de ser respecto del cual sea posible la discordancia que caracteriza a la desesperación (discordancia que debe ser infinita, para que la desesperación sea infinita). Ahora intentaremos caracterizar con mayor precisión estos dos elementos a través de sus caracteres tempóreos, lo cual aclarará más aun en qué se funda la desesperación.

Volvamos a los ejemplos mencionados. El “pretendido César” que ha fracasado en su afán de poder “ya no puede soportar ser sí mismo” y desespera “del propio yo que no lo ha llegado a ser”. “Lo que resulta insoportable es el propio yo que no llegó a serlo o [...] no poder deshacerse de sí mismo” (Kierkegaard, 1998: 45). Algo análogo sucede con la “pretendida Novia” cuyo “propio yo [...] le resulta ahora a ella un verdadero suplicio” (Kierkegaard, 1998: 46). Kierkegaard señala que:

el yo que aquél desesperadamente quiere ser, es un yo que él no es –ya que querer ser el yo que uno es en verdad representa cabalmente todo lo contrario de la desesperación–. En una palabra, que lo que aquél quiere no es otra cosa sino desligar su yo del Poder que lo fundamenta. [...] [A]quel poder es el más fuerte y le constriñe a ser el yo que él no quiere ser. Y de este modo siempre pretende el hombre deshacerse de sí mismo, del yo que realmente es, para llegar a ser un yo de su propia invención. (Kierkegaard, 1998: 46)

Recojamos la última expresión de la extensa cita de Kierkegaard: “llegar a ser un yo de su propia invención”. Esta expresión es claramente congruente con la caracterización del espíritu como síntesis o relación consigo mismo. Hace referencia a lo que hemos llamado un estar a cargo del propio ser por parte del hombre, y a lo que también podemos llamar “autodeterminación”, en el sentido de hacerse ser de cierto modo, pero también tomando el término como si quisiera decir “hacerse ser *determinadamente, limitadamente*”.

La pretensión de ser un yo de nuestra propia invención no significa otra cosa sino que determinamos nuestro propio ser. Pero esta determinación implica llevar a cabo elecciones, limitaciones de nuestro ser, *hacer* u *omitir* ejerciendo posibilidades y eliminando otras. Precisamente, la idea de posibilidad implica una vinculación con nuestro propio ser futuro. La

posibilidad no es algo externo que se agrega a nuestro ser (como si éste fuera una sustancia cerrada sobre sí misma, completa). La posibilidad es modos de nuestro ser futuro, que implica hacernos ser de cierto modo y no ser de tal otro modo.

Evidentemente, la desesperación tendrá que ver con este yo “de nuestra propia invención”. La estructura ontológica reflexiva o dinámica que posibilita esta autodeterminación posee también una característica tempórea: esta nota tempórea es la *temporalidad*. Esta estructura debe poner en vinculación nuestro presente, pasado y futuro, en una vida finita: es la estructura que posibilita la *vida mundana* del existente humano. Sin esta estructura ontológico-tempórea no se explica cómo el existente humano (como un ser eterno) podrá tener determinaciones temporales (tales como ejercer una posibilidad excluyendo otra, hacerse llegar a ser de cierto modo y no de otro, llegar a ser “césar” y no “novio”, etc.) Sin esta estructura, un ser eterno no puede tener determinaciones temporales, contingentes, y por tanto no puede tener una vida mundana, una autodeterminación de su ser como limitaciones.

En un principio, los ejemplos de Kierkegaard parecen querer indicar que el “pretendido César” no toleraba ser un yo, existir. Si bien esto es correcto, creo que se puede agregar algo más. No es sólo que el “pretendido César” no tolera ser un yo; no tolera ser un yo que no es de “su invención”; y además no sólo tener que ser un yo que *no* es de su invención, sino que es producto de un Poder Superior. Aquí no encontramos sólo un desesperar por no poder desprenderse de su propio yo (y de la responsabilidad intransferible de estar a cargo del propio ser). Siempre debemos recordar la doble clave con la que leemos las formulaciones de la desesperación: debe haber un ser del hombre a cargo suyo, y un cierto aspecto que no se encuentre a su cargo; y la cita antes mencionada parece avalar esta lectura. Encontramos una desesperación que es producto de no poder desprenderse de un ser que le es impuesto por Dios, y que el hombre será eternamente. La discrepancia que funda la desesperación es la discrepancia entre el yo de la “propia invención” y el yo dado por Dios. O en otras palabras, la discrepancia consiste en la distinción insalvable entre el ser eterno del hombre y el ser mundano del mismo.

El llamado yo de la “propia invención” posee un carácter *temporal*. Sólo a este yo le puede ser posible ser o no ser un césar; sólo este yo tiene un carácter tempóreo tal que le permite encontrarse vinculado con su pasado, presente y futuro. Un ser que no se encuentra vinculado con su presente y su futuro no puede ni ser ni no ser un césar, ni *llegar a ser* ni *dejar*

de ser un César. Un ser cuya estructura ontológica no sustente una relación temporal no posee, estrictamente hablando, posibilidades, pues su ser no podría ser alterado. Más aun, el fenómeno de la desesperación (y el del pecado) posee notas temporales que sólo serían posibles en un ser *temporal*. La desesperación, nos dice Kierkegaard, es una enfermedad que se contagia en cada momento: su duración no es la continuación de un mal acogido en el pasado; por el contrario, cada momento de desesperación es un nuevo contagio de la enfermedad. Entendemos que esta nota temporal de la desesperación revela una estructura tempórea del ser humano capaz de enfermar de semejante padecimiento, a la vez que vincula dicha enfermedad con el carácter reflexivo del hombre: del mismo modo en que en cada momento el hombre está a cargo de su ser para determinar sus posibilidades y limitaciones, en cada momento el fenómeno de la desesperación entra en juego.

Con lo cual, el propio fenómeno de la desesperación presenta un carácter “puntual” y reflexivo: es un fenómeno sólo posible para un ser que se encuentra en relación constante y puntual (es decir, en cada momento del tiempo) consigo mismo. Esta estructura reflexiva, dinámica y puntual es la que posibilita la *vida mundana*, las posibilidades, la vida del hombre como *finito*. La discrepancia se encontrará entre este yo finito, o de nuestra propia invención, o mejor aun: entre esta estructura *temporal* que posibilita un yo finito; y la vida eterna del yo, su inmortalidad, o mejor, la estructura tempórea que lo hace infinito. Veamos esto.

El “pretendido César” que hemos tomado como ejemplo no sólo no quiere ser un yo: lo que no quiere es ser un yo que no sea de su invención, ser el yo de su autodeterminación. Mas, ni aun logrando ser César habría logrado su objetivo de ser un yo de su invención. La discrepancia no está en lograr empíricamente ciertos objetivos contingentes (ser César, Novia, etc.). La discrepancia consiste en que sea cual sea la autodeterminación del yo, éste nunca podrá determinarse (en su vida mundana y terrenal) como eterno ni podrá determinarse definitivamente como puramente mortal. No está en manos del yo autodeterminante hacer variaciones sobre una nota dada a su ser por Dios: ser un yo eterno. Y no hay modo de que el ser humano temporal en su vida mundana pueda determinar su ser para que se encuentre en absoluta congruencia con lo que el hombre es en su sentido más pleno: espíritu inmortal.

Más aun, los fracasos de las determinaciones temporales quedarían consolidados y solidificados por toda la eternidad frente a Dios, manteniendo al hombre en estado de desesperación y pecado por siempre. Esto se sigue del hecho de que el hombre es autodeterminante en lo que respecta a su vida mundana, en tanto que tener posibilidades,

determinar el propio ser es factible en la vida finita, en la que nos encontramos en relación con nuestro ser futuro (limitando nuestro ser en la selección de posibilidades, excluyendo otras determinaciones viables). Tanto los fracasos empíricos como el fracaso inevitable y más trascendente de todos (el no poder determinarnos como espíritu eterno) quedan solidificados y se petrifican por toda la eternidad. Es por eso que el carácter eterno del hombre posibilita a la vez que potencia infinitamente la desesperación. Kierkegaard no está pensando una eternidad que exime al hombre de su finitud. No nos encontramos con la infinitud de Borges, según quien el hombre inmortal termina por ser todos los hombres: César, Novio, Homero, etc.² Estamos ante una eternidad mucho menos benigna y venturosa: la eternidad del espíritu es la potenciación de la limitación humana al infinito, la potenciación de su limitación mundana, pero también la potenciación de una limitación que le es estructural y ontológica, de la que hemos estado intentando dar cuenta.

IV. Conclusiones y consideraciones finales

La reflexión kierkegaardiana presente en *La enfermedad mortal* es una invaluable consideración sobre el ser del existente humano y su relación con lo eterno, lo finito y lo infinito. Mark Taylor ha señalado que *La enfermedad mortal* es un intento de encontrar una nueva caracterización del tiempo y su vinculación con el yo que serán de enorme influencia para el existencialismo del Siglo XX. Hemos intentado demostrar que la investigación kierkegaardiana suponía una peculiar ontología del existente humano. Esta estructura ontológica debía encontrarse escindida en dos elementos irreconciliables, a fin de posibilitar el particular fenómeno de la desesperación. La caracterización de estos dos lados de la estructura ontológica del existente humano y de su escisión se hacía en términos tempóreos. La desesperación, como fenómeno basado en una discrepancia del ser humano con sí mismo, se sostenía en una incompatibilidad profunda, ineludible y estructural al interior de la propia ontología del hombre, incompatibilidad basada en la diferencia tempórea de estos dos aspectos de la estructura ontológica del hombre. El fenómeno de la desesperación es la radical incapacidad del yo de autodeterminarse temporalmente como lo que en verdad es: yo eterno. Pero es también la incapacidad del yo de no ser lo que es y lograr ser el yo mortal de su propia

² "Nadie es alguien, un solo hombre inmortal es todos los hombres." Borges, J. L. (2007). *Obras Completas* (4 tomos). "El inmortal". Buenos Aires: Ed. Emecé, pp. 650 y ss.

invención; yo mortal que no se logra ser, pero de cuya inadecuación con su ser eterno no logra tampoco liberarse.

Bibliografía

- Blackham, H. (1965). *Seis pensadores existencialistas*. Barcelona: Ediciones de Occidente.
- Borges, J. L. (2007). *Obras Completas* (4 tomos). "El inmortal". Buenos Aires: Emecé.
- Bykhovski, B. (1973). "A Philosophy of Despair", en *Philosophy and Phenomenological Research*, Vol. 34, No. 2 (Dec., 1973), pp. 187-200.
- Collins, J. (1958). *El pensamiento de Kierkegaard*: México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Fatone, V. (1973). *Introducción al existencialismo*. Buenos Aires: Columba.
- Heidegger, M. (2002). *El ser y el tiempo*. Barcelona: RBA Coleccionables.
- Kierkegaard, S. (1998). *La enfermedad Mortal*. Madrid: Albor.
- Lamanna, P. (1998). *Historia de la filosofía. La filosofía del Siglo XX Segunda Parte* (6 tomos). Buenos Aires: Edicial.
- Merleau-Ponty, M. (1966). "La filosofía de la existencia" en *Dialogue*, Vol. V Nº 3, Montreal, 1966, pp. 307-322.
- Sartre, J. P. (1993). *El ser y la nada*. Barcelona: Altaya.
- Taylor, M. C. (1973). "Time's Struggle with Space: Kierkegaard's Understanding of temporality" en *The Harvard Theological Review*, Vol. 66, No. 3 (Jul., 1973), pp. 311-329.
- Verneaux, R. (1952). *Lecciones sobre existencialismo*. Buenos Aires: Club de Lectores.